



11 de agosto de 1878

RENOVARSE EN LA VIDA DE FE

Mis queridas hijas:

Durante este tiempo cuando tenemos muchas hermanas de las casas locales¹, me gustaría recordaros algunos puntos en los que tenemos que renovarnos siempre, para tener perfectamente el espíritu de la vida religiosa. Tomaré hoy lo más importante y lo más esencial, que es la vida de fe.

El propósito de los retiros anuales es renovarnos en la vida de fe. Las meditaciones que hacemos todos los días también están destinadas a hacernos vivir la vida de fe. ¿Qué meditamos en nuestros retiros? Verdades eternas, lo que Dios es para nosotras, lo que somos para él, la importancia de nuestras más pequeñas acciones, ya que todo lo que ofende a Dios tiene mucha gravedad con relación a la eternidad, ya que Dios todo lo escribe, todo lo pesa, y nada de lo que hagamos por él quedará sin recompensa.

Meditamos también sobre la pureza de intención, que da mérito a todas nuestras obras; por último, el don infinito que Dios nos da de nuestro Señor Jesucristo, del inmenso amor del que es testimonio, el que le debemos y la importancia para nosotras de ser como él en todas las cosas.

Esto es el tema de nuestras meditaciones durante nuestros retiros, y a lo largo del año. Si realmente estamos penetradas por estas verdades, si nuestra alma, nuestro corazón, nuestra mente están siempre llenos de estos pensamientos, comprenderéis que estamos llevando una vida de fe, es decir, estas verdades llenan nuestra vida. Vivimos de esto mucho más que de todo lo que se ve, lo que se oye, lo que se conoce a través de los sentidos, se comprende a través de la inteligencia, finalmente de todo lo que es de orden puramente natural. Presionadas por todos los lados por las cosas de la naturaleza, por la fe nos elevamos por encima de ellas y vivimos con pensamientos que van a la eternidad: esta es la vida de fe.

Quiero ir más lejos. Para vivir la vida de fe, tenemos que acostumbrarnos a vivir en el recogimiento, es decir a conocer un poco dentro de sí mismo este castillo interior del que habla santa Teresa. Ella dice que Dios en su majestad habita justo en el centro del alma. Esto es cierto, por supuesto, porque Dios está en todas partes. Esto es cierto sobre todo desde el punto de vista de la gracia, porque en el bautismo la Santísima Trinidad se adueña del alma y la convierte en su morada especial, siempre que no sea arrojada de allí por el pecado. Dios está ahí, no solo como está en todas partes, si no

¹ “Casas particulares”: expresión utilizada por Madre María Eugenia

que está presente allí mediante una operación especial, dándose a conocer, haciéndose amar.

Está allí por una habitación preferente, está como en un santuario. Por eso la Sagrada Escritura llama al alma el templo de Dios.

Pero, ¿qué es esta morada si no le prestáis atención; si no os apartáis de las cosas externas, para entrar en el interior para adorar al que pone ahí su morada? Por eso Santa Teresa habló de siete moradas diferentes en este castillo del alma. Puede haber muchos bautizados que apenas habitan la primera morada, porque recitan sus oraciones mecánicamente.

Un Padre dominico me decía que había encontrado, en las misiones, un pueblo que tenía en sus templos pequeños molinos en los que estaban oraciones que giraban continuamente ante sus divinidades. No se necesitaba más para estos paganos. Pero entre los cristianos, ¡cuántas personas son molinos cuando rezan! No se adentran en su interior. No se mantienen recogidas y en la presencia de Dios. Desgraciadamente, hay muchas personas, incluso religiosas, que en un momento u otro de la vida, se parecen más a los molinos que a los que viven en esta primera morada, es decir, que se aplican a la meditación.

Después, a medida que nos separamos más de las cosas creadas, que el amor, la adoración, la fidelidad, la pureza de corazón, de intención y de conducta aumenta en el alma, nos adentramos más en esta morada interior. El que está en el centro del alma como el más bello de los soles termina por hacer sentir su calidez, su claridad y su presencia de una manera o de otra. A veces se siente de una manera dolorosa, y esto es comprensible: porque hay una distancia infinita entre Dios y nosotras. Somos criaturas pecadoras, Dios es la pureza misma. Así que hay una purificación necesaria, antes de acercarnos a Dios.

Sufrir en la oración, ser a veces insensible porque parece que estamos lejos de Dios no es mala señal. Lo que es una mala señal, es seguir disfrutando de las cosas de fuera, es no entrar en nuestro interior, es ser indiferente a las imperfecciones habituales, a las faltas voluntarias que desagradan a Dios. Lo que sigue siendo una mala señal es tener la mirada natural más que la mirada de Dios sobre las cosas de este mundo.

La vida de fe tiende a llevarnos al interior y, como dice la *Imitación* a hacernos cerrar los ojos a las cosas externas para contemplar solo el interior, y cerrar los oídos a todos los ruidos del mundo para escuchar dentro la palabra de Dios, que siempre habla muy bajo: hay que estar muy callado para oírlo. Cualquiera que hable demasiado, que esté demasiado vuelto hacia fuera y que disfrute con ello y con esta charla, nunca será una persona interior. *El gran hablador nunca será un gran espiritual*, decía santa Juana de Chantal en el francés de su tiempo, porque, para llegar a ello hay que saber callarse, escuchar y entrar en su interior.

Pero recordad, hermanas, que es imposible que tengáis habitualmente pensamientos de eternidad, un anhelo ardiente de uniros a los misterios de nuestro Señor y hacerlos aparecer en vuestra vida, sin trabajarlo mucho. No llegaréis a esta vida interior, a esta atención a la presencia de Dios que vive en nosotras como en su templo, viniendo a nosotras a través de la comunión para comunicarnos su espíritu, su gracia, todo lo que tiene, todo lo que es, todos estos efectos solo se conseguirán mediante un trabajo constante y perseverante.

Debemos renovar constantemente la vida de fe en nosotras mismas, aplicarnos siempre a ella y separarse de las cosas externas, no solo en retiros anuales, sino también durante el resto del año, renovándonos fervorosamente por la meditación diaria de lo que constituye el espíritu de fe.

Entonces, hermanas mías, salimos de nosotras mismas de una manera diferente a como lo hacíamos antes. Nos separamos de las criaturas y de lo que hay en ellas de atracción natural, disipación, hábito. Antes, no es que nos gustara, sino que era la costumbre. Así, no es que nos complaciéramos en hablar y, sin embargo, es una mala costumbre, porque nos impide rezar y meditar. ¡Hacemos las cosas normalmente sin pensarlo! Hay gente que os dice: "Voy allí como el viento empuja la hoja." Pues bien, eso es precisamente contra lo que debemos reaccionar, para no caer en la costumbre, para no entrar en la rutina y no producir nada mejor.

Añadiré que a través de la vida de fe tenemos que ejercitarnos en ver a las criaturas como Dios las ve. Esto tampoco es fácil. Cada una de las criaturas, a los ojos de Dios y a los ojos de Jesucristo, tiene un carácter diferente del que tiene para nosotras. Jesucristo ve en las criaturas racionales almas redimidas con su sangre. Quiere ardientemente su salvación. Ve en toda la creación lo que su Padre había hecho, que era muy bueno, pero que estaba parcialmente desfigurado por el pecado. Como todo lo que Dios ha hecho es un acto de amor hacia el hombre, es para Jesucristo, como debe ser para nosotras, una ocasión de acción de gracias, de adoración, de alabanza y de oración. Por último, están todas las pruebas, las contradicciones, las dificultades de la vida, la muerte y todos los comportamientos de nuestra existencia. Hay que verlo todo como venido de la mano de Dios.

Nuestra propia miseria, cuando no tenemos la mirada de fe, es detenerse en causas secundarias. La verdad es que Dios dirige todas las cosas, que su voluntad está por encima de todas las circunstancias en las que estamos. Lo que Dios espera de nosotras en todas las ocasiones es la virtud. ¿Por qué Dios nos pone en tal y tal circunstancia dolorosa y difícil? Para que demos frutos de virtud.

Mirad los santos y los mártires en todas las circunstancias donde han sido colocados: produjeron frutos de virtud, de honor para Dios, de perfecta sumisión en las pruebas, con plena fe en la conducta de Dios, paciencia, igualdad, cuidado de mantener siempre su alma en sus manos y ofrecérsela a Dios.

Hay santos que también santificaron los estados de virginidad, matrimonio y viudez². Tomemos, por ejemplo, a Santa Isabel de Portugal. Su vida estuvo sembrada de pruebas. La última fue ver a sus dos hijos listos para pelear. Fue a poner la paz entre ellos pero fue su cadáver el que provocó esta reconciliación: la santa no pudo llegar hasta el final de su viaje. ¡Qué prueba para una reina ver a su país presa de discordias civiles, y que una madre vea a sus hijos enzarzados en una guerra fratricida! En todo esto, ella veía a Dios; sin esto, no habría dado, a través de las pruebas y de los viajes, en medio de la corte y del mundo, este fruto de virtud que es la única cosa que alegra el corazón de Dios y que quiere sacar de nuestras pruebas.

Una persona santa dijo que a Dios no le gusta vernos sufrir, es demasiado bueno para eso. Le gusta vernos aceptar el dolor. Le gusta ver las virtudes que podemos practicar en él. Se complace en ver a nuestro Señor Jesucristo viviendo en nosotras a través de las pruebas y sacrificios. Si somos almas de fe, regularemos nuestra vida de tal

² "Viudez": palabra empleada por M. María Eugenia

manera que mantenga la paz en la fe, la caridad por la fe, y habremos renovado verdaderamente en nosotras la vida de fe, que es la base de la vida religiosa.

¿Creéis, hermanas mías, que Dios nos ha sacado del mundo para que haya en nosotras algo más que la vida de fe? San Pablo dijo: *El justo vive por la fe*³, y lo aplicaba a Abraham. Cuánto más debemos aplicárnoslo a nosotras mismas, que somos religiosas. Las personas que se relacionan con nosotras esperan encontrarnos no solo con virtudes naturales y buenos sentimientos, sino sobre todo viviendo de la fe. Para esto nos eligió Dios.

Así que, hermanas mías, renovaos en la vida de fe, y que las que regresan a las casas locales⁴ hagan lo que puedan para mantenerse en ello. Entonces la Asunción será muy agradable a nuestro Señor que, habiendo venido a este mundo para establecer la vida de fe, dijo esta triste palabra: *¿Creéis que cuando venga el Hijo del hombre, encontrará todavía fe en este mundo?*⁵ De hecho, mirad qué poca fe hay en este mundo; por eso nosotras debemos aplicarnos tanto en ello, porque somos las consoladoras de nuestro Señor y debemos darle en abundancia lo que el mundo no le da suficientemente.

³ He 10,38

⁴ . "Casas particulares" expresión empleada por Madre María Eugenia

⁵ . Lc 18,8